

lo que me debe haber costado hacerte sufrir así. Riconovaldo me ayudó, persuadió al padre y á la tía, todos estábamos de acuerdo; tú me perdonas, ¿no es verdad?

Furio, sin separar su boca del semblante, indicó que sí.

—Ahora—dijo Riconovaldo—ya he hablado yo al papá y á la tía; Furio vendrá á hacer un pequeño viaje conmigo, en compensacion de lo que le hemos hecho sufrir.

Furio se echó en brazos de Riconovaldo. Este se acercó á Cándida, ciñó con un brazo su cabeza, con el otro la cabeza de Furio, ambas á dos las apretó contra su pecho, y despues de haber mirado un momento á los dos viejos, maravillados de aquel acto, sonrió y dijo:

—¿No habeis comprendido todavía que hay algun asunto que arreglar?

Y entonces Cándida escondió detrás de la cabeza de Furio su radiante y sonrosado semblante de prometida esposa.

## MANUEL MENENDEZ.

NARRACION.



## I.

La canción andaluza titulada *Don Manuel Menendez* (1), es una fábula que en poco ó nada se parece á la verdadera narración, la cual solamente se puede saber por los sevillanos que conocieron íntimamente al personaje, que son pocos, puesto que salió de Sevilla á los catorce años, á la muerte de sus padres, no volvió hasta diez años despues, y tornó á marcharse para siempre al cabo de pocos meses. En este breve tiempo, puso de moda su nombre en la ciudad. Sin embargo, no estaba siempre en ella; se marchaba, volvía, desaparecía, sin que nadie supiese ni por qué ni dónde, y en más de una ocasion, la noticia de su vuelta llegaba inesperada á sus amigos, á la vez que la de una estocada dada ó recibida por él en las afueras de la Puerta de Córdoba por asuntos

(1) Las palabras escritas con bastardilla, se hallan en español en el texto italiano.



de mujeres ó de política. Algunos aseguraban que tenía indudables signos de locura, y la creían consecuencia de una cornada que recibió en la cabeza á los trece años, de un *novillo* en las novilladas domingueras.

La había recibido, en efecto, y aún tenía la cicatriz; pero su cerebro quedó ileso; gozaba de una maravillosa exuberancia de vida que rebosaba en amores, palabras, versos, lágrimas, sangre, sin que llegase jamás á encontrar paz y reposo; un gran corazón, un orgullo satánico, accesos de rabia, en los cuales se destrozaba las manos contra la pared; era animoso hasta hacer temblar, y valiente como un loco.

Cierta señora había dicho de él una burlona frase que le cuadraba á maravilla:

—Se me ha metido en la cabeza, que si en los cometas hay hombres, todos deben ser como Manuel Menendez.

La palabra no salía de su boca, estallaba, y parecía siempre como si una parte de su vida hubiese envuelta en el sonido de su voz.

Cuando un *torero*, atemorizado, indicaba traicionera suerte, ó destrozaba á la res sin matarla, el más formidable—¡cobarde!—que resonaba en la plaza de Sevilla era el lanzado por él: en el teatro de San Fernando, cuando repentinamente se oía en el silencio de una escena sublime uno de aquellos *bravo* que parecen salir de las entrañas,

que hacen correr eléctrico escalofrío por el público, nadie preguntaba quién era el entusiasta admirador: todos sabían que era Manuel Menendez.

Algunos amigos suyos decían que tenía un *talento colosal*; pero esto era una charla, una verdadera exajeracion andaluza. Sus poesías no eran sino largos períodos, oleadas de sonoras palabras, é imágenes brillantes, que terminaban en un verso inesperado, que debía producir gran efecto; todas ellas estaban artificiosamente construidas sobre el último verso, el cual, casi nunca se comprendía. No se entendían sus versos, como tampoco su vida. Quien le veía á media noche atravesar la *Alameda de Hércules* sin sombrero; quien salir al amanecer por una puertecilla de la catedral; quien ir y venir toda una mañana por la famosa calle de los cien recodos, con la cabeza baja, como si buscase un alfiler. En su casa, desde la calle, de noche, así se oía leer, como reír groseramente; alguna vez destrozar los vidrios de la ventana; otra, sollozar á una mujer: cualquiera cosa que se contase de él, aunque fuese una villanía, era tenida por verdad.

Sevilla toda le conocía.

La alta sociedad, á la cual trataba poco, le miraba con malos ojos; un poco por desconfianza, y algo por miedo; el pueblo bajo lo respetaba, porque había salvado á un viejo demandadero de la corriente del Guadalquivir; no había abanico



en toda la ciudad, desde el de la gobernadora al de la última cigarrera, que por lo ménos una vez, y fingiendo librar del sol el rostro de su ama, no hubiese disimulado con su varillaje una mirada curiosa ó provocadora, dirigida á aquel indomable calavera, puesto que Menendez era de hermoso rostro árabe, coronado por espesísima y negra cabellera, y bajo su extraño pero elegante traje, cual si fuese apretada malla, se dibujaban las formas vigorosas y aristocráticas de su gallardo cuerpo de veinticuatro años.

Así era Menendez, y no una especie de animal salvaje como le pinta la canción popular, no hecha ciertamente por el pueblo; ó así era al ménos en los últimos días del sétimo mes de su estancia en Sevilla, época de su grande y definitiva mudanza. Su amigo D. Hermógenes, que vive aún, se acuerda de aquel día como de ayer, y asegura que presenció aquel cambio al terminar aquel día.

—Manuel—le dijo—eres un hombre que no reconoce freno; este no es modo de vivir; te matas; necesitas de un potente amor que te domine; hasta aquí siempre has mandado, ahora es preciso que obedezcas; es forzoso que busques un alma más fuerte que la tuya; es necesario que halles una mujer que te domine.

—La he hallado—respondió sonriendo Manuel.

—¿Quién es?—preguntó en tono de duda don Hermógenes.

—¡Fermina!—dijo Menendez.

—¡Fermina!—exclamó el amigo.—¡Fermina la del barrio de Triana? ¿Fermina la de Granada? ¿Fermina la princesa?

Menendez indicó que sí.

D. Hermógenes, de un salto, se asomó á la ventana, y con voz solemne gritó:

—¡Sevillanos, D. Manuel Menendez ha muerto!

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 CAPILLA ALFONSO X  
 U A V I



## II.

Al siguiente mes, Manuel Menendez era otro. Todos los sevillanos que tenían á su cargo alguna caprichosa cabecita que vigilar, respiraron. No se le veía ya ni en el paseo de Cristina, ni en la plaza de toros, ni en el teatro de San Fernando. El que hubiese querido hallarle, hubiera debido pasar el puente de hierro, torcer á la izquierda, ir por la orilla del rio hasta el fin del barrio de Triana, subir al segundo piso de una casita blanca, edificada frente á la Torre del Oro, y mirar por el ojo de la cerradura de una modesta habitacion, á la que dan sombra los árboles de la orilla derecha del Guadalquivir.

Allí estaba sentado á los piés de la criatura más bella y más extraña, y de la cual, fuese quien fuese, no apartaba sus árabes ojos, derramando los sentimientos de su alma en un torrente de palabras amorosas é insensatas, que ella escuchaba en silencio, tejiendo una corona de flores.

—Fermina—le decía en voz baja—eres un misterio; una criatura de otro mundo. ¿De cuál has

venido? ¿Cómo te has enamorado de un hombre? Juraría que hubo un tiempo en que tenías la cabellera azul y las pupilas de rosa. ¿Por qué no ríes jamás? Me causas miedo. Sólo á tu lado, no me hallo tranquilo. Con esos ojos debes ver alguna cosa ó á alguien que yo no veo, que de seguro está aquí, á mi espalda, y que te mira. Tu alma debe ser un alma trasmigrada á tu bellissimo cuerpo; tu voz debe ser contrahecha, y tu idioma no es seguramente el español. Si me hablases un instante con tu voz verdadera y en tu lengua nativa, sin duda quedaría petrificado. Por eso soy dichoso al ser amado por tí; tu amor es cadena que me liga con lo sobrenatural. Dime la verdad: ¿á quién has amado en la otra vida? Tengo celos de un habitante de Sirio.

Al terminar estas palabras, Fermina, con un rápido y vigoroso movimiento de sus manos, le desbarataba los sedosos rizos de su hermosa cabellera, y Menendez lanzaba un dulce y amoroso grito. A poco fruncía las cejas y fijaba una mirada suspicaz en una ligera señal enrojecida que él tenía en el cuello.

—¿Qué miras?—preguntaba maravillado el jóven.

—Nada—le respondía convencida—pero... ten cuidado, Manuel.—Y al cabo de un instante murmuraba:

—¡Soy capaz de dar de puñaladas á una reina!



## III.

Fermina era tal, que verdaderamente podía inspirar á cualquiera que la viese la caprichosa fantasía, encendida ya en el cerebro de Menendez; su índole, belleza y vida, eran igualmente singulares.

En el barrio de Triana la llamaban *la princesa*; los jóvenes, en sério; las muchachas, irónicamente; pero éstas, más que todos los otros, comprendían que ella merecía en verdad todo el honor del sobrenombre. Era sin duda la muchacha más alta del barrio; Menendez, que pudiera haber sido un gallardo coracero de la guardia real, le llevaba de estatura la mitad de la frente. Sus ojos negros y tristes y las larguísimas cejas, que casi se tocaban, daban á su moreno rostro cierta estructura un tanto africana, y expresion casi amenazadora, la cual, en el instante se cambiaba en dulcísimo regocijo apenas abría sus labios gruesos y juguetones. Pero, como Menendez aseguraba,

ella no sonreía sino de vez en cuando, y por costumbre entornaba los ojos casi como un acto de desprecio. Llevaba una rosa graciosamente prendida en la cabeza, mantilla de franja blanca, corpiño negro, basquiña de color de rosa y zapatitos escotados, con galgas que oprimían vigorosamente sus piés de niña y su pierna fina y nerviosa.

Este era el traje invariable en que se presentaba una vez á la semana, á las mil miradas curiosas, amorosas, rabiosas, impertinentes y procazes que le dirigían de todas partes. Ninguno, sin embargo, se atrevía á colocarse á su lado, ni aun cuando fuese sola, puesto que no se olvidaba que las tres ó cuatro manos audaces que se habían atrevido á ella, en la primera semana de su estancia en Sevilla, se habían retirado ensangrentadas.

—O es un ángel—decían—ó es un mónstruo;—pero con certeza, nadie sabía lo que era. Decíase que había venido de Granada; sabíase que estaba sola, y suponían que vivía de su trabajo: en lo demás, todo eran conjeturas. Ni los vecinos de su casa, ni las pocas muchachas á las cuales saludaba, conocían mejor sus acciones que los que la veían en la calle. Ella estaba apasionada por Menendez, y Menendez loco de amor por ella: se adoraban; orgullosos el uno del otro, se miraban lentamente, con atención profunda, sin sonreír siquiera; se temían: tratábanse alguna vez, por amoroso celo, con maneras brutales ó violentas,



que provocaban en los dos lágrimas de rabia y acababan en abundante lluvia de besos, como marcas de candente hierro, y en expansiones de dulcísima ternura, en la cual permanecían postrados.

Una sola cosa turbaba la felicidad de Menendez; un vago sentimiento de celos que desaparecía y volvía á alzarse más potente, y que ella, sin saberlo, alimentaba, al rechazarle con una altivez que parecía á Menendez demasiado desdenosa para ser sincera. Pero se engañaba, porque Fermina, en verdad, sentía más que desprecio, horror, hacía todos los miserables y bajos sentimientos que hierven en los amores, aun los más puros, de las almas vulgares.

—Manuel—le había dicho una vez,—el día en que tú me creas capaz de hacerte traicion, ó lo que es lo mismo, capaz de ser criatura despreciable, mi amor morirá. Piénsalo bien. No soy una mujer como las otras mujeres; tú no debes ser un hombre como los demás. Los otros son villanos casi todos. He puesto en tí mi amor, porque no me lo has parecido. No lo olvides. Soy altiva. Te he entregado mi honor: respétalo. No juegues con mi corazón. No soy de aquellas que perdonan. Al que mi corazón olvida, no le recuerdo jamás. Fermina te ha dicho una vez que te ama: que te basta para toda la vida. Graba bien estas palabras en el fondo de tu alma, Menendez.

#### IV.

Se amaban, y toda Sevilla lo sabía, ó más bien lo veía. Iban á pasear de noche bajo los plátanos orientales de las *Delicias de Cristina*; iban embarcados por el Guadalquivir hasta San Juan de Alfarahe, para pasear en las horas de calor á la sombra de los naranjos; y muy rara vez podía verse á Fermina postrada de rodillas ante el altar inmenso de la catedral, sin distinguir al corto rato, y como envuelto en la sombra de cualquier cercana capilla, la elegante é inmóvil figura de Manuel Menendez.

Por la calle los contemplaban todos con el sentimiento de envidia, amargo y voluptuoso á la vez, que inspira aún á los jóvenes el ver dos amantes felices, poderosos y altivos. Caminaban como dos príncipes, oyendo los murmullos de la multitud. Fermina, mirándole por encima del hombro; Menendez, buscando inútilmente una mirada que se fijase en la suya: parecía que arrojaban su amor



á la cara de los sevillanos, llevaban como en triunfo su felicidad, y por doquiera que pasasen, dejaban larga huella de vanidades heridas, de nacientes amores destrozados.

Poco á poco, Fermina habíase conquistado las simpatías de numerosa parte del sexo femenino de su clase; muchas habían inclinado la frente ante su invencible altivez; la consideraban como bello ornamento del barrio; la tomaban como modelo; había logrado despertar imitadoras; muchas fueron las toscas y fáciles gitanas que dieron en andar erguida la cabeza, los ojos entornados, y como al descuido, dejando ver una navaja mal oculta entre el corpiño, de la cual no usarían jamás.

## V.

Así las cosas, un imprevisto trastorno se verificó en el ánimo de Menendez. Nadie en Sevilla supo la causa, excepcion de aquel ó aquellos que fueron los culpables; pero los que conocían el carácter de él, no se maravillaron.

En ciertas naturalezas existe siempre la formidable máquina de la sospecha, á la cual basta arrojar un nombre y darle ligero impulso, para que el más fuerte y elevado afecto quede aniquilado. ¿Quién, en su vida, no ha sido por lo ménos una vez víctima ó culpable en una de estas rápidas destrucciones? La duda ligerísima que pasó un dia por la mente, y de la cual nos habíamos burlado, encuentra en el rasgo de una letra, en la palabra de un amigo, en un suceso fortuito é insignificante, el dato fatal que la levanta lentamente, como un anzuelo, desde la profundidad oscura del alma en que se hallaba sepultada, y la pone á nuestra vista como asqueroso insecto que



agita con furor horrible sus cien patas, hambrientas de hacer presa. Aterrados por un instante, cobramos valor y fé y aplastamos al pequeño monstruo. Pero inútil. Ya de todos los escondrijos de la memoria han salido como enjambre de perversos geniecillos, mil recuerdos hasta entonces dormidos, sonrisas pasajeras, medias palabras, movimientos imperceptibles, de las cejas ó de los labios, una puerta entornada, un rumor de pasos, un ruido cualquiera, un susurro, una sombra, que primero hierven confusamente en el cerebro, y despues se juntan y combinan, toman fuerza, fuego y palabra, denuncian, afirman, prueban, trastornan cabeza y corazon, arman la mano con el puñal ó la pluma, y precipitan al delito ó á la ofensa, que no pueden perdonarse, en ménos tiempo que el brevísimo empleado despues para abrir los ojos á la evidencia inmediata de la realidad.

Cuando aconteció esto á Menendez, eran las once de la noche; se hallaba en su casa delante de una mesa, con una carta en las manos. En el primer momento temió volverse loco; se puso en pié, corrió á la ventana, y quedó algun tiempo inmóvil como estatua, con una mano oprimiendo la frente, la otra el corazon, y mirando fijamente al centro de la plaza. Despues lanzó un sofocado grito de angustia y coraje, y huyó de su casa. Atravesó como una flecha la plaza del Triunfo, dió la vuelta á la *Caridad*, dejó atrás casi corrien-

do la Torre del Oro, saltó en una lancha, ganó la orilla derecha del rio, penetró en la casa de Fermina y llamó á la puerta...

Fermina no estaba. Por extraordinaria rareza no había podido aún volver á su casa, y para desgracia de los dos, aquella ausencia, y en tal hora, correspondía casualmente con una indicacion de la calumnia: era una acusacion, una prueba, una maldicion. Menendez quedó como petrificado delante de la puerta. El dolor del amante había espirado ya en su corazon y no palpitaba en él más que la ira feroz de su herido orgullo.

Un pensamiento satánico cruzó por su mente; bajó veloz la escalera, y se dirigió riendo á su casa. Cuando llegó al puente, se detuvo. Otro pensamiento habíale quebrantado y hecho olvidar el primero.—¿Y si no es verdad?—se preguntó—y por un instante se iluminó su alma. Pero la fatalidad le perseguía. En aquel momento pasó á su lado una mujer, le miró á la cara, y dándose á correr, le dijo:

—¡Fermina te hace traicion!

A estas palabras, el furor, alzándose impetuoso, le oscureció la mente y le empujó adelante como á un condepado. Para mayor desventura, al entrar en su habitacion encontró una carta de Fermina, que decía:—Mañana por la mañana no estaré en casa.—Y ya este aviso confirmaba desgraciadamente una prevision.



Entonces, Menendez pareció loco en efecto; rugió desesperado, rió, maldijo, agarró la pluma, escribió en un papel y en gruesas letras el nombre de Fermina, un epíteto, la indicación de una hora y la de un precio, un horrendo insulto; después salió veloz de su casa, tomó el camino de antes, llegó á casa de Fermina, pegó á la puerta con las convulsas manos el libelo infame, y tomó escalera abajo rápidamente, rechinando los dientes de coraje. Cuando llegó al fin de ella, se detuvo; oyó abrir aquella puerta, vió luz en la escalera, oyó casi en el mismo instante un grito horrible y el ruido de la caída de un cuerpo; pocos momentos después abrir otras puertas, bajar gente, leer una mujer aquel escrito, y muchas voces prorumpir en un grito de indignación:

—¡Mentira!

## VI.

Una hora después se encontraba en el estado del que se despierta de espantoso sueño. Aquel grito le había despertado. Inútilmente intentó reanudar y rehacer á la vez pruebas, indicios, argumentos, recuerdos, sombras; todo huyó y se desvaneció con la misma fulmínea rapidez con que se había recogido, tomado forma y cobrado fortaleza. Como una cosa insignificante había bastado para hacérselo creer, un grito bastó para desengañarlo. Pasó violento de una certeza á otra; no necesitaba pruebas; todo se había aclarado; había comprendido todo; sentía dentro y alrededor de sí un solemne silencio, y no veía más que la figura inmóvil, pálida y amenazadora de Fermina, y el abismo entre los dos. La conocía; no ignoraba que su perdón jamás lo alcanzaría; tampoco olvidaba que la había asesinado. Un envilecimiento profundo, un terror mortal, un nuevo amor vigorosamente fortalecido por el remordi-



miento y la desesperación, un inmenso deseo de morir, y á la vez un quebranto de fuerzas tal, que le impedía cualquier acto de varonil resolución, se habían apoderado de él.

Pasó la noche caído en el suelo, cerca de la ventana, y al amanecer, al alba, se encontró sin darse cuenta en el puente de hierro, donde repentinamente se sintió como clavado.

Fermina venía hácia él. Adivinó que ella le había visto, y leyó en su rostro y actitud una resolución que cortó el último hilo de su esperanza.

Iba vestida como en los días de fiesta, andaba con movido paso, casi deprisa, alta la cabeza, entornados los ojos y fijos en su camino, el semblante pálido é insensible como careta de mármol.

Cuando estuvo á su lado, abrió la boca para hablarle, pero la voz espiró en su garganta. Pasó sin mirarle, erguida y majestuosa, con la muerte en el corazón y el desprecio en el rostro, enviándole á su paso como un aura embalsamada de rosas, y se alejó sin volverse.

Menendez vió á modo de un velo negro y espeso que se extendía entre ella y sus ojos, y comprendió que todo había acabado.

## VII.

Todo lo que hizo en aquel día y en el día después, fué maquinalmente, sin energía, porque era sin esperanza. Era el primer castigo solemne que experimentaba su carácter violento y altivo, y quedó como imbecil.

Escribió á Fermina una larga carta; no tuvo respuesta; no se asombró, ni siquiera se affigió: tan seguro estaba de que así debía proceder. Le volvió á escribir; la carta esta vez le fué devuelta sin abrirla; la cogió y la tiró á un lado sin darle importancia.

Fué, bien entrada la noche, temeroso el corazón, á llamar á su puerta. Se veía luz por la ventana, estaba en casa; pero la puerta siguió cerrada. Al cabo de una hora volvió; la luz allí estaba todavía; la puerta siempre cerrada. Se dirigió á su casa, y pasó hasta media noche sentado á la ventana, con la cabeza apoyada en las manos.

Al día siguiente no escribió ya; así, fué en

CAPILLA ALFONSO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



busca de Fermina, y es posible que, á no salir aquel día, no hubiese osado buscarla más. Pero salió, y el suceso acaecido, decidió la suerte de toda su vida.

Era día de fiesta: andando al acaso, de calle en calle sin conciencia casi de sí, se encontró en el paseo de Cristina.

Era la hora del paseo; desde la Torre del Oro al palacio de San Telmo, hormigueaba una multitud brillante y alegre; una festiva música atronaba los aires; el sol doraba la corriente del Guadalquivir; Menendez se sintió por un momento aligerado del peso mortal de su tristeza, y se dejó arrastrar por la gente. De improviso, una muchacha del pueblo que pasaba á su lado, le gritó al oído:

—*¡Es mentira, Menendez!*—y desapareció.

Menendez se puso pálido é intentó ocultarse á las miradas de los cercanos curiosos que habían oído; pero casi de repente, otra muchacha, distante de él unos diez pasos, gritó más fuerte:

—*Mentira.*

Menendez volvióse al lado opuesto, confuso y aterrado, y trató de cruzar por entre la multitud para salir del paseo. Pero una tercera, una cuarta y despues un grupo de muchachas del barrio de Triana, que le había reconocido, gritaron á sus espaldas:

—*¡Mentira, Menendez, mentira!*

Mucha gente se detuvo; otras muchachas, acercándose, repitieron aquel grito; su nombre corría de boca en boca; la gente quiso hacer corro á su alrededor, y esto fué su salvacion. Aprovechando el vacío, se lanzó, trastornado y pálido como un cadáver, fuera de la arboleda, corrió á un coche, subió á él, y se alejó rápidamente, oyendo durante largo rato la gritería lejana de sus perseguidores.

Apenas entró en casa, se cubrió el rostro con las manos, y terminó su angustia en una explosion de llanto desolado y rabioso.—¿Conque la voz se ha esparcido?—gritó.—¡Soy el ludibrio de Sevilla! ¡No puedo ya llevar alta la cara á la vista de la gente! ¡Me veo despreciado, insultado, deshonrado!...

En este momento, una idea grande y nueva cruzó por su mente; su alma generosa respondió con una altanería profunda, y su rostro se iluminó: todas sus fibras se vigorizaron, hirvió toda su sangre.

Despues, como si la voz de invisible amigo hubiese murmurado una súplica á su oído:—Sí—respondió con acento complaciente.—Una prueba aún.

Y corrió fuera de su casa.



## VIII.

Fermina trabajaba con luz en un rincón de su cuarto, cuando oyó que subían rápidamente por la escalera, y se acordó ya demasiado tarde que había dejado entornada la puerta. Apenas tuvo tiempo de levantarse y de volver á caer sobre su asiento; Menendez se arrojó á sus piés, inclinó la frente al suelo, y gritó sollozando:

—¡Perdon, Fermina!

Ella no respondió.

Estaba pálida, vuelta hácia la ventana, con los ojos dilatados y los labios temblorosos.

—¡Fermina!—continuó Menendez, con una voz que parecía destrozarle el pecho.—¡Perdóname! ¡He sido un vil y un loco! ¡Eres un ángel! ¡Soy un desgraciado! ¡He martirizado mi corazón con las manos, he llorado lágrimas de sangre, me han insultado por las calles, creí volverme loco, no me condenes á una injuria eterna, olvida, ámame! ¡Mira, me arrastro á tus piés, golpeo el sue-

lo con mi frente, no tengo voz, no tengo lágrimas ya, no tengo estimación propia ni honor en el mundo, no tengo más que el amor que me martiriza y la desesperación que me asesina! ¡Fermina, ten compasión de Menendez!

Fermina seguía mirando á la ventana; tenía el rostro trastornado y convulso; el seno anheloso; todo su sér agitado por febril temblor; parecía como que hiciese un soberano esfuerzo para obtener primero de sí misma lo que Menendez quería de ella; que esperase igualmente un imprevisto cambio en su propio corazón, y Menendez observaba con ansiedad profunda los movimientos de su rostro. Al fin prorumpió con desesperado acento.

—¡Es inútil, Menendez! ¡No puedo; no siento nada ya; mi corazón no puede amar; estoy muerta! ¡Podrías suplicarme toda la vida, matarte á mi vista, convertirme en rey, en santo, en Dios... es inútil! ¡No creo ya! ¡No amo ya! ¡Me asesinas! ¡Has comprendido, Menendez? ¡Has olvidado lo que hiciste? ¡Fermina te dió su honor, y tú lo pisoteaste á la vista de Sevilla toda! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Y esto ha sido posible! ¡Y tú quieres que te perdone!...

Después, con un poderoso esfuerzo, se rehizo y murmuró friamente:

—Véte, Menendez, déjame sola, déjame en mi sepultura, todo acabó: adios.



—¡Piensa aún!—dijo Menendez con suplicante voz.

Fermina se alejó de él, y le indicó la puerta sin mirarle á la cara.

—¡No tienes, pues, corazon!—gritó el jóven poniéndose en pié, ébria de coraje el alma y pintada la amenaza en el rostro.

Fermina le miró.

Menendez se hizo atrás y se lanzó á la escalera.

## IX.

Apenas vuelto á casa, comenzó á preparar el equipaje para partir á la mañana siguiente. Había decidido ir á pasar un mes á La Rinconada; aldeilla rodeada de olivares, cercana á la ciudad, donde estaba D. Luis de Guevara, amigo suyo de la infancia, *facultativo*, ó sea médico de partido, que le había ofrecido su casa más de una vez para cuando quisiese huir de los grandes calores de Sevilla.

Terminadas las cosas, se acostó, y por la primera vez, desde la noche fatal de su delirio, se quedó dormido.

Al amanecer se despertó más tranquilo; corrió á la ventana, mandó parar al primer coche que pasó por la plaza, se vistió, hizo bajar á él su equipaje, se puso en bandolera la escopeta, bajó rápidamente, y subiendo al carruaje, ordenó al cochero que le condujese á la orilla derecha del rio, frente á la Torre del Oro. Una gran trasforma-